

LA GUERRA DE NINA

Érase que se era, una niña a la que cariñosamente llamaban Nina. Nina era una niña inquieta, aventurera, cabezota y muy, muy fantasiosa. Vivía en Varsovia (Polonia) en una hermosa casa de tres plantas, con un gran salón lleno de espejos y un enorme patio interior de estilo modernista.

Sus padres eran unos señores muy importantes y Nina además de hablar polaco, se desenvolvía muy bien con el alemán y el francés. Ellos querían que fuese una gran bailarina, por eso las tardes las dedicaba a ir a las clases de ballet de la señorita Agatha (una bailarina profesional). Su vida era envidiable y Nina era muy feliz. Una mañana, como todas, Nina estaba en clase de historia y la señorita Alexandra explicada muy entusiasmada como Napoleón conquistó España con sus tropas. Mientras Nina le explicaba a su gran amiga Anette como ella conquistaría España sin necesidad de tener que enfadarse. Su amiga se reía.

- Eres muy divertida Nina - le decía Anette - ¡Pero si eres una niña! ¿Cómo vas a conquistar un país?
- Tú riéte Anette, algún día te lo demostraré.

Entre explicación y explicación de la señorita Alexandra y entre risas y risas de Anette de pronto se escuchó un gran estruendo.

- ¿Qué ha sido eso? - preguntó la señorita Alexandra.

Todas las niñas corrieron hacia las ventanas, querían ver qué había provocado ese gran ruido que casi las levanta de las sillas. Estaban asomadas a la ventana y no salían de su asombro, frente a ellas estaban unos enormes tanques. Todos tenían dibujados unos halcones dorados.

- Señorita, ¿quiénes son? ¿qué está pasando?.
- Niñas apartaos de las ventanas.

La señorita Alexandra se quedó catatónica, el miedo la tenía paralizada, no movía ningún músculo, de pronto parecía que reía o lloraba o reía y lloraba a la vez, fue algo muy extraño pero las contagió a todas. Empezaron a llorar o reír o llorar y reír a la vez, el caso es que aquella situación

era un poco absurda, no sabía quienes eran los señores de los tanques y la señorita Alexandra estaba de desmayarse cuando de repente se abrió la puerta de golpe, era el señor Director.

- Señorita Alexandra, ¡corra, coja a las niñas y baje al sótano con ellas!
- ¡Señor Director! ¡Señor Director!, hay unos tanques enormes en la calle con unos halcones dorados.
- ¡No hay tiempo niñas! - contestó el señor Director.
- ¡Corred hacia el sótano y haced lo que os diga la señorita Alexandra!
- ¡No! - dijo Nina - ¡Ni hablar!, no pienso bajar a esconderme en un sótano oscuro y frío como si fuera una rata.

Entonces el señor Director, cogió a Nina del brazo y con un gesto de pocos amigos la intentó llevar a sótano.

- Por favor, no me obligue - dijo Nina.
- Es por vuestro bien - respondió el señor Director.
- ¿Nuestro bien es estar encerradas en un sótano? - dijeron Anette y Nina a la vez - ¡No!
- ¿Qué pensáis hacer? - preguntó el señor Director.
- ¡Parad la guerra! - gritaron las dos a la vez.
- No seáis inocentes, niñas, esto es muy serio, no es un juego.

A Nina se le ocurrió que todas las niñas salieran al exterior.

- Pero si salimos nos dispararan Nina, ¡no están para bromas! - respondió la señorita Alexandra.
- Llevaremos algo blanco en son de paz y cuando los soldados nos vean se darán cuenta de que vamos en son de paz y pararan los disparos y podremos explicarles que las guerras son absurdas, que no tienen sentido, que podemos vivir todos juntos, respetándonos. Porque cada persona piensa diferente y actúa de distinta forma, pero si somos tolerantes podremos entendernos y convivir y compartir no solo el sitio donde vivimos, sino también la comida y los ratos que pasan día a día ... ¡sería tan divertido!

Por más que buscaban no encontraban ningún pañuelo blanco ni ninguna tela blanca.

Pero Nina se acordó que en el gran salón del colegio había un enorme jarrón con rosas blancas.

- ¡Llevaremos cada una de nosotros una rosa blanca!

Y así lo hicieron. Salieron corriendo por la puerta principal y cada niña mostraba bien alto sus manos con una rosa blanca.

Pero sucedió todo tan rápido... No les dio lugar a bajar todos los escalones del colegio, cuando de pronto se oyeron miles de disparos, sus cuerpos cayeron uno a uno y sus pequeñas manos no dejaron de agarrar una hermosa rosa blanca.

Se hizo un silencio. Hablaron entre ellos hasta que uno de los soldados se acercó a ellas, se agachó, cogió una de las rosas blancas y se acercó a sus compañeros diciéndoles:

- Eran niñas y llevaban en sus manos esta rosa blanca.

CAROLINA MIRANDA LÓPEZ, 11 años.
C. Saint Mery's School
Sevilla